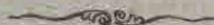


LAUREANO VALLENILLA LANZ

Centenario de Boyacá

Discurso pronunciado en la sesión
solemne de la Academia Nacional
de la Historia, celebrada en conme-
moración de la Gran Batalla, el 7 de
agosto de 1919.



TIP. AMERICANA
CARACAS-1919

LAUREANO VALLENILLA LANZ

Centenario de Boyacá

Discurso pronunciado en la sesión
solemne de la Academia Nacional
de la Historia, celebrada en conme-
moración de la Gran Batalla, el 7 de
agosto de 1919.



TIP. AMERICANA
CARACAS-1919

Señor Ministro de Instrucción Pública!

Señor Ministro de Colombia!

Señoras! Señores!



No acierto aún a explicarme por cuales razones la Academia Nacional de la Historia me ha distinguido con el alto honor de hablar en su nombre en esta gran fecha de la Emancipación americana. Se trata de celebrar el centenario de una gran batalla, de ensalzar uno de los más hermosos triunfos alcanzados por el genio militar de Bolívar, con el cual, de un solo empuje, o por mejor decir, de un solo vuelo, porque fué de águila aquella rápida ascensión maravillosa, llegó a colocarse al mismo nivel de los más grandes capitanes del mundo; se trata de analizar una campaña llena de magníficos episodios, de singulares peripecias, de golpes maestros de estrategia, erizada de dificultades que hubieran parecido insuperables a un hombre y a un ejército que no estuviesen impulsados por la fuerza poderosa de un ideal; se trata, en fin, de presentar á los ojos de este selecto auditorio, en toda su grandeza heroica, aquella victoria, la primera de las cinco que aseguraron para siempre la independenciam de América, y yo confieso, no con humildad, no con afectada modes-

tia, sino precisamente, porque estoy convencido de que la ilustración de un hombre comienza cuando puede darse cuenta exacta de todo lo que ignora, que no me encuentro de ningún modo preparado para cumplir con cabalidad esta tarea.

Pero además de que hay honores que no pueden rehusarse, el asunto me atrae desde otro punto de vista, porque en la obra de los libertadores, en ese acontecimiento único en la Historia que se llama la emancipación de las colonias españolas de América y la creación de las nacionalidades hispano-americanas, juzgado a la luz de un criterio sociológico, Boyacá viene á ser una etapa brillante de esa formidable evolución, realizada entre glorias y prodigios, que comienza con el hecho colectivo de la revolución de 1810, repercusión lógica de la revolución española contra los ejércitos invasores de Napoleón; que disgrega la metrópoli y disgrega las colonias, que pulveriza la monarquía entera en entidades políticas microscópicas amparadas en el principio anárquico de la autonomía y de la soberanía primitivas, y termina en España, después de una lucha la más formidable y la más noble que haya podido sostener pueblo alguno, con la vuelta del despotismo inquisidor y estúpido de Fernando VII, y en América con el surgimiento de naciones libres, que arrastradas por los ideales de la Revolución Francesa, enarbolaron con el primer grito de independencia la bandera de la República democrática.

Cinco años estuvo España sin Gobierno, cinco años en que la unidad nacional, el concepto de la Patria no llegó a personificarse en ninguno de aquellos guerrilleros heroicos, que considerándose cada uno de ellos con fuerzas suficientes para rechazar al

invasor, no se sometían a ninguna autoridad ni reconocieron jamás a la Junta Central ni a las Cortes de Cádiz como representantes del desgraciado Monarca. El Gobierno estaba en todas partes sin estar en ninguna; pero el vínculo común existía en la larga tradición dinástica, con toda la fuerza de los prejuicios hereditarios, y España volvió á reconstituirse bajo el ominoso yugo de un príncipe degenerado, defraudando los esfuerzos de aquel pueblo que acababa de dar al mundo uno de los espectáculos más sorprendentes de la historia.

No fué ese el caso de la América española. Porque el hecho mismo de la Independencia, la ruptura violenta de los lazos que la unían a la Madre Patria, la dejaba de hecho entregada á sus propios destinos, convirtiéndola en aquella incandescente nebulosa de donde al cabo de un cruento y laborioso proceso debían desprenderse para rotar en sus propias órbitas como entidades soberanas, este sistema de naciones, obedeciendo cada una de ellas en su evolución interna, social, política y económica, á sus diversas idiosincrasias emanadas del medio geográfico, de la composición étnica y de las vicisitudes históricas.

Nadie como el Libertador, el primero que en la multiplicidad de su genio formuló las bases sociológicas de la evolución política de la América española, definió con mayor claridad, empleando intuitivamente el método de aproximar los acontecimientos históricos para explicarlos, que más tarde ha sido puesto en práctica por algunos de los más eminentes historiadores modernos, nadie con más precisión definió la situación del Nuevo Mundo y vislumbró su porvenir, a los cinco años de haber estallado la Revolución. “Yo considero el estado actual de la América

—dijo en su célebre carta de Jamaica en 1815—como cuando desplomado el imperio romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias ó corporaciones.” Y después de profetizar sus destinos a cada uno de estos países, concluye diciendo: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse: mas esto no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América.”

La admirable exactitud con que el Libertador aproxima dos hechos tan trascendentales para la humanidad, como la caída del imperio romano y la desmembración del imperio español, arroja una inmensa claridad sobre la génesis y el desarrollo de nuestras nacionalidades, disipando las tinieblas en que los han envuelto el romanticismo histórico y el empirismo político. Llevado el paralelo hasta sus últimas conclusiones, se ve claramente que los acontecimientos de 1808 en la Península y los de 1810 en Hispano América, revivieron en todo el imperio español el mismo espíritu de localidad y de municipalidad, que aquí, como en la Europa del siglo IV, hizo imposible la reconstrucción de una sociedad y de una patria general. Las ciudades que habían ido perdiendo su soberanía primitiva y su carácter político tradicional hasta quedar reducidas a la simple administración de los asuntos

locales, puramente civiles y administrativos, apenas desaparecido el Rey "que era el centro común de la Monarquía" fueron sucesivamente insurreccionándose y cada una de ellas en posesión de su soberanía se levantó por su propia cuenta y se aprestó a defender su territorio contra todo poder extraño y para conservar los derechos del monarca prisionero, sin contar con el auxilio de los demás. "Cada burgó, cada aldea, que en España, de propio movimiento había declarado la guerra a Napoleón, no se aconsejaba sino consigo mismo para organizar la resistencia, reclutar tropas, procurarse recursos y trazarse un plan de campaña: y en esta anarquía organizada, cada quien dueño de su suerte no tenía que darle cuenta a nadie de sus actos."

Recuérdense los conceptos de Bolívar en su memorial de Cartagena de Indias al Congreso de la Nueva Granada en 1812, donde apreciando las causas que influyeron en la pérdida de la primera República de Venezuela, y atribuyendo, aunque erróneamente, aquella misma anarquía localista a la constitución federal de 1811, que no llegó a practicarse un solo día, observa que "entonces cada provincia se gobernaba independientemente y a ejemplo de éstas cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de establecer a su antojo el gobierno que les acomode." En España no se habló de Federación, la palabra tenía entonces un sabor puramente francés, pero el movimiento fué el mismo que en toda la América, la anarquía parroquial asumió iguales caracteres, sólo que aquí ya lanzados en el camino de la emancipación y de la reacción antimonár-

quica, la bautizamos con aquel nombre sonoro, que repetido por turbas inconscientes, fué en toda la América y más tarde en la misma España, bandera de reivindicaciones democráticas, de ambiciones caciquistas y de impunidad para todos los delitos. Pues nada es más cierto en la Historia que la influencia funesta de las nociones vagas, de las verdades incompletas, de las ideas generales imperfectamente comprendidas, de las puras abstracciones, que semejantes á las nubes de Aristófanes "divinidades de los espíritus perezosos" sólo sirven para engendrar revolucionarios y demagogos. Casi setenta años más tarde, cuando las ideas liberales lograron por fin traspasar los Pirineos, se produjo de nuevo en España con la caída de la Monarquía, exactamente el mismo movimiento disgregativo que en 1808. Pí y Margall, ya sin el peligro que amenazó a los heterodoxos, de ser achicharrado por el Santo Oficio, traduce al castellano las quimeras de Proudhon y entonces surgen por todas partes, como en nuestra América los federalistas teóricos que sancionan con la doctrina, el viejo fermento individualista, típico de la *raza*, por el cual "es España el país de los guerrilleros, el país de las behetrías, el país de los descubridores y aventureros por propia cuenta y contra el cual nada pudieron la centralización de Roma, ni el sentido unitario de la Iglesia ni el absolutismo de la Monarquía." Y entonces, con la inaudita proclamación de la República española, la Madre al igual de las hijas, pretende también cubrir con el manto estrellado de la federación los alfoques, las merindades y behetrías, que reclamaban, contra el gran movimiento de integración nacionalista que se realiza-

ba en el mundo, el derecho de continuar viviendo en el mismo aislamiento geográfico, político y económico de los tiempos más remotos de su historia, cuando “cada villa, cada alfoz, cada comunidad—como dice Marina—era una pequeña república independiente, con diferentes leyes, opuestos intereses y distintas costumbres, y los miembros de cada comunidad miraban como extraños y a veces como enemigos a los de las otras.”

Cuando el Libertador, poseído del grandioso pensamiento de la Independencia y empujado, pudiéramos decir por el destino, que le llevó a ser el único hombre capaz de presidir la unificación de todos aquellos elementos dispersos para conducirlos al triunfo, se oponía a la disgregación federalista calificándola de “anarquía sistematizada”, los ideólogos, los dogmáticos del constitucionalismo, dispéuticos de la Enciclopedia, proclamaban como un nuevo dogma, que no tenía de nuevo sino el nombre, la doctrina federal, sin darse cuenta de que aquella dispersión que estaba en las tradiciones españolas contra las cuales querían sinembargo, reaccionar, era al mismo tiempo la primera manifestación del eterno proceso evolutivo que aplicado al desenvolvimiento social o superorgánico, conduce del estado crítico de dispersión de hordas y de tribus a la cohesión en pueblos y naciones; de la disgregación primitiva a la integración y a la unidad nacional que se realiza fatal y necesariamente bajo la autoridad del César que engendra la anarquía. Mazel ha sentado este principio comprobado hasta la saciedad por la historia universal: “El absolutismo ha fundido el molde de todas las nacionalidades actuales, unificando su administración económica, civil y militar.”

Como la misma Roma en toda la extensión de su vasto imperio, España había dejado también en América, al desaparecer, todos los elementos que pudieran dar nombre á una nación, todos los materiales constitutivos de una sociedad: principios de gobierno, leyes civiles y administrativas, estado eclesiástico, poderes religiosos y civiles, tradiciones de libertad y de independencia individual; y a pesar de esto en ninguna parte pudo constituirse en los primeros años de la revolución, una nación, ni un gobierno, propiamente dichos; porque como en la Europa medioeval—según la autorizada afirmación del gran Guizot—aquí tampoco existía “ningún pueblo, ningún verdadero gobierno en el sentido que hoy damos á estas palabras”; sólo se veían por todas partes “una multitud de fuerzas particulares, hechos especiales, aspiraciones locales, mas nada general ni público, ninguna política propiamente dicha, ninguna nacionalidad”.

Pero cuando en otros países de nuestra América el organismo social de la colonia, se mantuvo á pesar de la revolución por la preponderancia de sus altas clases sociales, por el quietismo y el gregarismo indígenas, que había anulado el individualismo hispano, por las disciplinas de la iglesia católica, conservándose hasta cierto punto, la gerarquización social, la solidaridad creada por el aislamiento municipal y alimentada por una paz de siglos, rasgos que aun al presente caracterizan a algunas de estas naciones, porque dentro de esos moldes tradicionales se ha realizado necesariamente toda su evolución nacionalista, en los países de llanuras como el nuestro, donde una gran parte de la población se había conformado en la vida pastoral y nómada, con todos sus caracteres de individualismo y de barbarie, la revo-

lución asumió fases tan sangrientas, su ferocidad llegó a tal extremo, que las relaciones de aquellos días pavorosos parecen páginas arrancadas a los historiadores que más dramáticamente han descrito la invasión de los bárbaros germanos. Boves, Yáñez, Calzada, Ramos, Vargas, Torrellas, y la turba de guerrilleros surgidos por generación espontánea del fondo de nuestras llanuras, fueron para Venezuela como otros tantos "Azotes de Dios". "Qué horrorosa devastación, qué carnicería universal, cuyas señales sangrientas no lavarán los siglos!—exclamaba Muñoz Tébar, el brillante y desgraciado Ministro de Bolívar en 1814.—La execración que seguirá á Yáñez y a Boves será eterna por los males que han causado; partidas de bandidos salen a ejecutar la ruina; el hierro mata a los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos juntos los de ambos sexos; las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos. Se observa en todos el proceso del dolor, en sus miembros arrancados, en sus cuerpos lanceados, en los que han sido arrastrados a las colas de los caballos. Ningún auxilio de religión les han proporcionado aquellos que convierten en cenizas los templos del Altísimo y los simulacros de la religión. En Mérida, en Barinas, en Caracas, apenas hay una ciudad o pueblo que no haya experimentado la desolación. . . . algunos han sido consumidos por las llamas; otros no tienen ya habitantes". Y el Arzobispo Coll y Prat, ante cuya dorada capa pluvial, no sintieron miedo aquellos modernos bárbaros inconvertibles, escribía lleno de espanto y de dolor: "Mi espíritu se conmueve y mi alma no puede soportar el peso de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesina-

tos; los incendios y devastaciones; la virgen violada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo. . . , y cada uno buscando a su hermano para matarle; los feligreses emigrados; los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos, los huesos que cubren los campos de batalla y tanta sangre derramada en el suelo venezolano: todo eso está en mi corazón!"

Señores! Cuando se recuerdan estos hechos que apenas datan de un siglo; cuando se mide en todo su horror y su grandeza el inmenso sacrificio de Venezuela por su propia independencia y por la de todo el Continente, es casi imposible contener el impulso que nos arrastra a buscarle algo de sobrenatural, de sobrehumano al hombre que con sólo el poder de su genio, con la fuerza única de su inteligencia y de su voluntad forja en la fragua de aquella inmensa anarquía, de aquel desbordamiento "de apetitos brutales, de aquellas rebeliones atávicas de la carne y de la sangre, de aquellos accesos de salvajismo irresistible que demolían la sociedad", los elementos necesarios para alcanzar el triunfo de un ideal grandioso de humanidad, de libertad, de redención individual y colectiva, sembrando en aquellos cerebros rudimentarios, en aquellos rudos corazones ideas y sentimientos que iban a ennoblecerlos a los ojos de la posteridad, hasta convertirlos en héroes de leyenda. Pero no! No nos dejemos llevar por ese romanticismo pueril que ha pervertido el criterio de las pasadas generaciones: divinizando a Bolívar lo empequeñecemos; humanicémoslo para engrandecerlo!

Del mismo modo que el bárbaro germano en el antiguo mundo, el llanero introdujo en Venezuela, un sentimiento que era desconocido en la sociedad co-

lonial, vivo reflejo de la sociedad romana—como lo observa don Andrés Bello.—El llanero como el bárbaro, como el nómada en todos los tiempos y en todas las latitudes, se caracteriza por “la afición a la independencia individual, por el placer de solazarse con sus bríos y su libertad en medio de los vaivenes del mundo y de la existencia; por la alegría de la actividad sin el trabajo; por la afición a un destino azaroso, lleno de eventualidades, de desigualdad y de peligros; tales eran sus sentimientos dominantes y la necesidad moral que ponía en movimiento aquellas masas humanas. Mas apesar de esta mezcla de brutalidad, de materialismo y de egoísmo estúpido, el amor a la independencia individual es un sentimiento noble, moral, cuyo poder procede de la humana inteligencia; es el placer de sentirse hombre; el sentimiento profundo de la personalidad, de la voluntad humana en la más libre expresión de su desarrollo.” En la ausencia del colectivismo, del gregarismo creado por las leyes de origen romano y por el cristianismo que no tuvieron jamás influencia en nuestras llanuras, y cuyas instituciones ahogan al individuo en la asociación y tienden, sobre todo la Iglesia, a imponer el sacrificio, la renunciación personal en pro de la humanidad toda entera, el individualismo surgido de las ruinas de la sociedad colonial impuso un nuevo elemento de gobierno, desconocido hasta entonces entre nosotros, como había sido desconocido en el mundo antiguo antes de la destrucción del imperio romano, y que no ha existido en nuestra América, en aquellos pueblos que no tienen llanuras ni caballos, y cuya evolución se ha realizado dentro de los más puros moldes coloniales, con la debilidad de los gobiernos y la preponderan-

cia de la Iglesia; ese elemento fué el patrocinio militar, la supremacía del más fuerte, del más sagaz, del más vigoroso, del más valiente; el vínculo establecido entre los individuos, entre los guerreros, que sin destruir la libertad individual ni la igualdad característica de los pueblos pastores, ni aquel orgullo personal de que habló el Libertador: "llaneros determinados que nunca se creen iguales a los otros hombres que valen más o aparecen mejor", estableció sin embargo una subordinación gerárquica de donde surgió también, como en la Edad Media europea, nuestro feudalismo caudillesco. Desde entonces se creó como base fundamental de nuestra constitución efectiva y de nuestra moral política, el compromiso de hombre a hombre, el vínculo social de individuo a individuo, la lealtad personal sin obligación colectiva fundada en los principios generales de la sociedad, para llegar, por una evolución necesaria al reconocimiento de un Jefe Supremo como representante de la unidad nacional. "General! Usted es la Patria", le dijeron á Páez los separatistas de 1830.

Es en ese formidable trabajo de concentración, de unificación, donde aparece más grande el genio incomparable de Bolívar. Hay necesidad de seguirlo paso a paso; de verlo cómo, derrotado, fugitivo, cargando con el fardo de culpas que la humanidad arroja siempre sobre los vencidos, depone por un momento la espada, para empuñar la pluma de las profecías; justifica ante el mundo la causa de la independenciam de América, desprecia las re-criminaciones personales para examinar como un psicólogo, como un determinista las causas profundas de aquellos primeros fracasos de la guerra y

se exhibe como lo fué en realidad, el más alto representante de la Revolución. Para pisar después las playas de la patria sometida, y solo, casi inerme, imponerle su autoridad á todos aquellos señores feudales, á todos aquellos caudillos que tenían ya bajo sus órdenes a los mismos degolladores de Boves y de Yáñez, que huyendo de la fuerte disciplina del Ejército Expedicionario, y acogiéndose guiados por sus mismos impulsos característicos a las banderas del partido independiente, se habían declarado de propio movimiento señores absolutos del territorio en que operaban sus fuerzas, sin sujeción a ninguna otra autoridad.

Esta era la situación de Venezuela cuando el Libertador desembarcó en Barcelona el 1° de enero de 1817. "Demasiado débil entonces para hacer ejecutar sus órdenes, dice O'Leary, y de sobra político para intentarlo sin seguridad de éxito, Bolívar empleó los medios más suaves para impedir el cisma del Estado (que no existía sino en la mente de unos cuantos espíritus superiores) y procurar en lo posible llevar a cabo la fusión de las provincias bajo un gobierno central."

Ninguno de los medios empleados por Bolívar hasta entonces había sido eficaz para contener aquellas tendencias disgregativas, que eran sencillamente manifestaciones orgánicas. Arismendi, el señor feudal de Margarita, le había negado antes el permiso de arribar a la Isla; José Francisco Bermúdez, que aparece en la historia como una reencarnación de los conquistadores, heroico y turbulento, había llegado al extremo de tirar de la espada, amenazándolo de muerte; y lo hace embarcar en Guiría precipitadamente; y ahora en Barcelona, Monagas mismo,



que fué siempre de los menos insubordinados, aparece rehacio á prestarle auxilios, cuando el Libertador, encerrado en aquella plaza y careciendo de tropas con que rechazar al ejército realista que se aprestaba a atacarlo, le dice al señor feudal de la Provincia: "...estoy resuelto á sepultarme entre las ruinas de esta ciudad y á comerme hasta las mujeres, antes que abandonarla, esperando los auxilios que he pedido a las divisiones de los llanos, que lejos de acercarse, se han alejado contra las órdenes expresas que dí al general Arismendi de hacerlas venir todas sobre esta plaza, en el caso que los enemigos se acercaran, como sucede actualmente". Son muy significativas sus palabras en una de aquellas desesperadas comunicaciones al general Monagas: "Si el Jefe no es apto para mandar, se nombra otro, pero siempre debe obedecerse. Si yo me he encargado del mando es porque he contado con la cooperación de mis compañeros de armas, la cual debe salvarnos y sin ella pereceremos todos."

El general Piar, que poseído de su odio contra los mantuanos caraqueños había llegado a comprometer el éxito de la batalla del Juncal, resuelve con la gran visión militar que tuvo siempre, invadir a Guayana por su propia cuenta, desoyendo después las constantes excitaciones que le hace el Libertador para "formar una reunión general de todas las divisiones que están separadas por grandes distancias y en la necesidad de obrar parcialmente, expuestas así a ser batidas y a aventurar la salvación de la Patria."

La rivalidad de los Jefes de Oriente y de Occidente que ya tantas veces se había manifestado desde 1813, y la de los diversos caudillos entre sí, es la nota resaltante en toda aquella época. El mismo Piar califi-

ca de prevención y complot de caraqueños la resistencia justificada del Comisario General de las Misiones, coronel José Félix Blanco, para enviarle los excesivos auxilios que le pedía. Mariño y Bermúdez, habituados á proceder por su propia cuenta, prestan siempre una obediencia condicional e intermitente. . . ; y allá en las llanuras de Apure y Casanare se levantaba formidable, invencible, dueño absoluto de vidas y haciendas, asombrando con su valor y su pericia al propio Ejército Expedicionario, el más típico, el más representativo entonces de los Caudillos de Venezuela. El mismo definió años más tarde aquel inmenso poder, como hubiera podido hacerlo cualquiera de los señores de horca y cuchillo en los tiempos más remotos del régimen feudal. “. . . yo he sido—decía en 1828—uno de los altos representantes acostumbrados a obrar por sí. . . ; yo mandé un cuerpo considerable de hombres sin más leyes que mi voluntad; yo grabé moneda e hice todo aquello que un señor absoluto puede hacer en sus Estados.”

Mariño y Bermúdez en Cumaná, Monagas en Barcelona, Andrés Rojas en Maturín, donde se titulaba capitán general de mar y tierra, y proclamaba que en sus dominios no mandarían ningún blanco; Piar y Cedeño en Guayana, Páez en Apure y Barinas; Ramón Nonato Pérez en Casanare y multitud de guerrilleros oscuros actuando independientemente en sus respectivas jurisdicciones, como los caciques de las tribus precolombianas, pasándose alternativamente a los patriotas o a los realistas según las conveniencias del momento, esa fué la situación de Venezuela en todos aquellos años, hasta cuando posesionado el Libertador de Guayana y teniendo ya bajo su autoridad á la mayor parte de los Caudillos

disidentes, castiga en Piar, el más encumbrado de ellos por su valor y por su gloria, la "culpa" en que todos habían incurrido. Piar aparecía como el exponente más caracterizado de la anarquía caudillesca y de la anarquía de razas.

Entonces dirige sus miradas hacia Apure; envía una comisión a Páez para pedirle el reconocimiento de su autoridad, no como el homenaje lijio que los reyes imponían a los señores feudales, sino en nombre de algo más grande, de algo más noble, de un ideal y de un sentimiento que iban a abrirle de par en par a aquellos llaneros incultos las puertas de la inmortalidad. Y luégo va él mismo. No teme de ningún modo a la impresión que sus modales cortesanos y su figura de gran señor, van á producir entre hombres semibárbaros, robustos atletas, "para quienes las virtudes civiles y aun las militares de cierto orden elevado, eran cosa extraña y peregrina." Todavía, medio siglo más tarde, en las Memorias del General Páez, que había alcanzado un alto grado de cultura, se palpa la impresión que en el formidable señor de las llanuras produjera "la débil complexión" del Jefe Supremo: "Hallábase entonces Bolívar—dice—en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que puede dar la vida ciudadana. Su estatura sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe. . . Para los que creen hallar las señales del hombre de armas en la robustez atlética, Bolívar hubiera perdido en ser conocido lo que había ganado con ser imaginado. . ." Qué inmensos esfuerzos de voluntad, de energía, de inteligencia, de habilidad, mil veces mayores que los que le dieron el triunfo en toda la extensión

del Continente, tuvo que desplegar entonces el Libertador para imponer su autoridad á los cosacos de Apure! Pero allí estaban los elementos indispensables para la realización de sus vastos designios. El caballo, que había hecho la Conquista de América, que había facilitado á un grupo de valientes aventureros la empresa fantástica de someter todo un mundo, poblado por millones de hombres, al cetro de los Reyes de Castilla, y que aquí mismo acababa de destruir junto con la flor y nata de la sociedad colonial la soñada República de los patricios, y de pisotear los frescos laureles de 1813, va a ser ahora, bajo la ruda mano del llanero indómito, el más firme baluarte de la Emancipación; sus cascos victoriosos van a hollar las más encumbradas cimas de los Andes, para alcanzar su consagración heráldica, como símbolo de la Libertad de un mundo, en el escudo de armas de la Patria del Libertador.

Sería imposible, señores, reducir a las limitadas proporciones de un discurso, el estudio pormenorizado de aquella pugna sostenida entre Bolívar, asesorado por un pequeño grupo de intelectuales que como él soñaban con la Independencia de toda la América, y los Caudillos, los hombres representativos de la disgregación y del localismo anárquico, incapaces entonces de extender sus miradas más allá de los límites de la parroquia nativa. Pero las leyes sociales como las leyes físicas se cumplen a despecho de la voluntad de los hombres. Por una de esas leyes expuestas con admirable claridad por los hombres de ciencia, era necesaria y fatal, en medio de aquella espantosa anarquía, la aparición del hombre capaz de integrar, de unificar aquellos elementos dispersos, de concentrar bajo una autoridad indiscutible e in-

discutida, aquellos fragmentos en quienes existía latente, pero sin unidad posible, la idea que él solo estaba llamado a representar en primer término, la causa que él debía llevar al triunfo definitivo. Porque cuando los demás no pensaban sino en sus patriecitas él no veía más patria que la América; y aun en medio de las mayores dificultades, de los mayores desastres, cuando la crudeza y la fealdad de las realidades eran capaces de secar las fuentes de todo ensueño, su imaginación volaba sobre las cordilleras andinas, y aun luchando en una brega de oscuro guerrillero con los indios de Clarines en 1817, la obsesión de su gloria, la conciencia de su destino y de su genio le llevaban al Potosí. En tanto, uno de aquellos grandes pensadores de la Revolución, que como Zea, Restrepo, Rodríguez Torices, Urbaneja, Mendoza, que como el gran Camilo Torres habían adivinado el genio de Bolívar y abrigaron siempre la fé más absoluta en sus grandes destinos, aquel anciano integérrimo a quien el Libertador llamó más tarde el Néstor de Colombia, Don Fernando de Peñalver, le escribía en 1818: "Si hubiera sido posible reunir a Santander con su división al ejército de Apure, para dar un solo golpe y volverse después a su Casanare, tal vez estaría decidida la campaña; pero Casanare es como Cumaná y Cumaná como la Margarita, y por esta dificultad de reunir nuestras fuerzas cuando es necesario, está siempre expuesta la suerte de la República. Cuánto mal—exclamaba—nos hace la falta de un espíritu nacional y el apego de nuestros Generales y oficiales a sus provincias!"

Pero allí estaba ya el Libertador. En todas las grandes revoluciones anarquizadas que registra la

historia, ha aparecido siempre ese hombre, ese ser superior, ese Jefe, ese gran unificador. Pero no todas las revoluciones han tenido la fortuna de encontrar en el Hombre Representativo aquellas excelsas cualidades que han sido las características del Genio. Casi siempre cuando las sociedades se disgregan, cuando se desmigajan en un torbellino de átomos, cuando no hay partidos sino facciones, **sindicatos de egoístas**; en que cada quien no piensa en el momento psicológico sino en su interés y en su venganza, entra en escena—como dice Nietzsche—el César que va a dominar todos esos egotismos rivales.

El Azar, la Providencia, ó el Destino, concentró en el espíritu del hombre quien teó la obra de integrar los elementos dispersos de la Revolución en la mayor parte de América, por raras combinaciones étnicas, como con tanto acierto lo ha escrito uno de nuestros distinguidos colegas de la Academia, todas las energías de una raza y todos los elementos psicológicos del genio. Nacido para dominar a los hombres, Bolívar cabalgaba sobre el dorso de las tempestades políticas y las enfrenaba con el poder de su talento para dirigirlas hacia remotos horizontes que él sólo era entonces capaz de vislumbrar!

Taine y Vandal observan que después del terror, la Francia se hallaba dispuesta a exaltar un dictador. Esa era exactamente la situación de Venezuela. Pero así como de aquella espantosa anarquía surgió Simón Bolívar, ha podido surgir también Mariño, Piar, Bermúdez, Páez o cualquier otro que si hubiera tenido poder para contener y disciplinar aquellos elementos dispersos y sofrenar la anarquía, habría carecido inquestionablemente de aquella amplitud de miras, de aquellas dotes superiores, que después de haber dado

vida a la Gran Colombia, condujo triunfantes y re-dentoras las banderas de la Revolución hasta el extremo sur del Continente.

No obstante sus propósitos y la necesidad de unificar todos aquellos elementos, la habilidad política del Libertador y el perfecto conocimiento que tenía del espíritu que dominaba a los caudillos, le hace a menudo contemporizar con ellos. A cada uno de los jefes de mayor influencia en sus respectivas provincias le confiere desde Guayana el mando político y militar, y ampara en cierto modo sus derechos feudales declarando, por ejemplo, ante las quejas que Nonato Pérez le dirige por los actos de autoridad que Páez pretende ejercer en su Provincia "que la independencia de Casanare respecto a Batinas, es de tanta justicia, que no ha sido necesaria una declaración siquiera. Casanare goza de los mismos privilegios y derechos que las demás Provincias Unidas de Venezuela." Y al General Monagas que protesta contra el General Pedro Zaraza, porque éste pretendía retener bajo su autoridad al Distrito de San Diego de Cabruta, perteneciente a la provincia de Barcelona, le dice: "...La Provincia de Barcelona, cuyo mando he confiado a U. S. no ha tenido por mi orden ninguna desmembración; así es que U. S. debe ejercer su jurisdicción en todo el territorio comprendido entre los límites que demarcaban en el antiguo régimen la Provincia de Barcelona."

Cada uno en su región quería defender la Patria como ellos la entendían, y triunfar orgullosamente del enemigo en una emulación caballeresca, sin extraños auxilios. Así lo observó el mismo Peñalver, cuando en 1818 decía al Libertador: "El deseo que han tenido nuestros generales de vencer sin

la cooperación de los demás, para recoger solos los laureles, los ha hecho aventurar siempre sus fuerzas, y ha sido causa de muchas desgracias. ¡Cuándo tendrán término las rivalidades que han hecho derramar tanta sangre inocente y perdido la causa pública!"

Todos nuestros historiadores están acordes en culpar de insubordinados a nuestros grandes caudillos, y acaso sea el General Páez sobre quien haya caído con mayor fuerza el tremendo cargo. Este se defendió toda su vida de semejantes acusaciones alegando actos de constante sumisión al Libertador. Pero si el señor de las llanuras hubiera ahondado un poco en sus recuerdos, si hubiera analizado su situación personal entre las hordas de Apure, y hasta sus propios instintos en aquella época, habría encontrado argumentos suficientes con que explicar y justificar su conducta. Y si otro tanto pudiera decirse de todos los demás caudillos, en Páez las razones eran mucho más poderosas, por las condiciones especiales de la región que dominaba. Limitado el territorio de Apure por grandes ríos y distinguiéndose hasta de las otras regiones llaneras del país por condiciones especiales del suelo, sus habitantes habían constituido siempre como un pueblo completamente autónomo, que como los nómades de Mesopotamia, como las tribus del Irak Arabi, los Chamará y los Beni Lam, invadían desde los tiempos más remotos de la Colonia las poblaciones vecinas, robándolas y asesinandolas, para volverse luego a sus guaridas, como lo rezan muchos documentos existentes en nuestro Archivo Nacional.

Cuando en 1818 el Libertador resolvió invadir la Provincia de Caracas, solicitando precisamente

una metrópoli a la centralización que luchaba por implantar, tuvo que plegarse a los deseos del General Páez, que después de haberle opuesto grandes dificultades para continuar la marcha hacia el centro, resolvió volverse a San Fernando, "porque las tropas de Apure—dice O'Leary—eran más bien el contingente de un Estado confederado que una división del Ejército. Ellas deseaban volver a sus hogares, y cualquier oposición en aquellas circunstancias, sin remediar los males que su ausencia temporal produciría, habría ocasionado su completa dispersión."

O'Leary, Restrepo y otros, encuentran que todavía entonces, en vísperas, puede decirse, de emprender las campañas decisivas de la Independencia, la situación del Libertador respecto de todos los Caudillos, era exactamente la misma que la de los Reyes de Europa en los tiempos del gobierno feudal más estricto, cuando los grandes señores podían impunemente resistir a sus soberanos.

Pero al Libertador le bastaba únicamente mantener el vínculo que ya había logrado establecer con cada uno de los caudillos; ya existía entre ellos el compromiso individual basado sobre la lealtad, sobre el honor, y seguro de que sabrían defender la Patria con el heroísmo y la abnegación de que tantas pruebas habían dado hasta entonces, instala el Congreso de Angostura, que le confiere el título de Presidente después de haber renunciado siquiera en la fórmula el mando absoluto de que estaba investido, para demostrar a aquellos rudos guerreros, que existía algo superior al régimen de la fuerza imperante hasta entonces, y comprobar ante el mundo que la Revolución hispanoamericana no era una insurrección, sino una lucha noble y gloriosa por los

grandes principios de libertad y democracia a cuyo impulso había sucumbido en Europa el absolutismo de los Reyes; y con aquel su genio insuperable, adelantándose á todos los postulados sociológicos que al presente andan más en boga, analiza las bases étnicas y psicológicas de nuestra constitución social; pide un código de leyes venezolanas; y en una síntesis brillante le dice a los ideólogos, fabricantes de constituciones: "Que no se pierdan las lecciones de la experiencia y que las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América, nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas, y sobre todo útiles; no olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. . . El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política."

Es en ese mismo documento donde, seguro del éxito de la campaña que desde hacía un año venía preparando para libertar a la Nueva Granada y hacer efectiva por el triunfo de las armas la creación de la Gran Colombia, traza con visión profética y con una elocuencia majestuosa que no superan los más grandes oradores de todos los tiempos, el grandioso porvenir de la América. Yo quiero amparar con ella la pobreza de mi palabra, quiero traer aquí sus conceptos para decir, que sus triunfos militares, por más que tengan el prodigio de Boyacá, no son sino detalles, cuya ejecución pueden discutírsele, para adornar la frente de otros, con uno solo de los múlti-

ples laureles que no caben en aquella cabeza milagrosa:

“La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. . . Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos oceanos que la naturaleza había separado y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana. Ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro. Ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida á los hombres dolientes del antiguo mundo. Ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.”

Unos meses más tarde “en una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure, decide la invasión de la Nueva Granada”, que ya

había anunciado a aquellos pueblos un año antes cuando con el tacto exquisito conque sabía escoger á los ejecutores de sus planes había enviado a Francisco de Paula Santander, ascendido ya a General de Brigada por los grandes servicios que había prestado no sólo á su patria sino á Venezuela en toda aquella época de crudísima guerra, acompañado del coronel Jacinto Lara y de los comandantes granadinos Joaquín París, Antonio Obando y Vicente González y llevando aquella célebre proclama en que decía a los granadinos:

“El día de la América ha llegado, ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos á los de vuestros hermanos. Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas, algunas provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, arrojará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la Libertad.”

Y la promesa fué cumplida. Setenticinco días bastaron para que el ejército español de la Nueva Granada quedase destruído. El asombro que la campaña milagrosa causó en el Jefe del Ejército Expedicionario, que ni siquiera había sospechado el plan del Libertador, se traduce en aquella exclamación, en aquellas cinco palabras que hacen su más completa apología: “El solo es la Revolución!”

Si para los conocedores profundos de la ciencia militar, si para los egregios cantores de nuestra

epopeya emancipadora el paso de los Andes sembrado de victorias, es digno de los más grandes capitanes del mundo, para los que hemos seguido siquiera á grandes rasgos todos los antecedentes de aquella etapa, de la cual arranca la misión más brillante del Libertador, Boyacá surge de una borrasca sangrienta, de una lucha de pasiones innobles, de egoísmos feroces, de rivalidades irreductibles, como la Venus antigua de las hirvientes espumas de los mares primitivos.

El Libertador va a presidir ahora la integración de todos los elementos que la caída del imperio español en América había disgregado. Como César, como Alejandro, como Napoleón él va á concentrar también, pero á la sombra de las banderas de la Independencia y en nombre de los principios republicanos, a todos aquellos pueblos, que necesariamente debían realizar la evolución que el sabio alemán Lamprecht, compara a una línea helicoidal, y por la cual la humanidad entera, comenzando por la dispersión de pueblos y de razas aisladas y enemigas, ha ido acercándolas, compenetrándolas, disminuyendo las tendencias individuales de pueblos y de razas predominando en la cohesión un sentimiento cada vez más amplio de humanidad, hasta encontrarse hoy en el estado de mayor integración de países civilizados con el designio manifiesto de constituir aquella Sociedad de Naciones que para la América emancipada soñó el Libertador.

Cuando en 1825, á raíz de la victoria final de Ayacucho, flameaban sobre las almenas del antiguo Palacio virreinal, en la opulenta ciudad de los Incas las banderas de todas las naciones recién emancipadas, el Libertador había cumplido su misión. Elimina-

nado de la escena política de la América el general José de San Martín, el único que había representado en el Sur el papel de Bolívar en el Norte, tocó á nuestro héroe la inmensa gloria de concentrar bajo su autoridad única siquiera fuese por breves instantes a todos los pueblos hispanos de Sud-América. Y así como “de la máxima concentración napoleónica se produjo la dispersión de las aspiraciones nacionales”, de la máxima concentración boliviana surgió poderoso en nuestra América el principio de las nacionalidades.

Excelentísimo señor Ministro de Colombia: La Academia Nacional de la Historia os ruega hagáis llegar al gobierno y al pueblo colombianos, en este día en que juntos celebramos el Centenario de aquella gran batalla donde rayó en lo sublime el heroísmo y el sacrificio de ambos pueblos, los votos que los venezolanos todos estamos formulando porque jamás se rompan los lazos que comenzaron á formarse en 1813 y que se estrecharon en Boyacá y en Carabobo. Hoy, señor, en toda la extensión de las dos Repúblicas, no hay un solo corazón que no lata emocionado á los recuerdos grandiosos de este día ni un solo labio que no pronuncie con veneración y con amor el nombre de BOLÍVAR.

Señor Ministro de Instrucción Pública: La Academia os agradece a vos y a los demás Miembros del Poder Ejecutivo, el realce que con vuestra presencia habéis dado a la solemnidad de este acto, que como todos los consagrados a celebrar el Centenario de Boyacá, se realizan en medio de la paz y de la confraternidad implantadas felizmente en nuestra Patria por el egregio Caudillo que hoy representa la integridad de la Patria y a quien con la fuerza de su

brazo y sus grandes dotes de hombre de Estado ha tocado la gloria de consolidar definitivamente, al cabo de cien años, la obra de unificación nacional iniciada por el Libertador.



BIBLIOGRAFIA

O'LEARY. — *Narración. — Documentos. — Correspondencia.*

GUIZOT. — *Historia de la Civilización.*

CHERBULIEZ. — *L'Espagne Politique.*

MAZEL. — *La Synergie Sociale.*

COSTA. — *Oligarquía y Caciquismo. — Informe de Azcárate.*

PÁEZ. — *Autobiografía.*

MARINA. — *Historia de España.*

ARCAYA. — *Simón Bolívar.*

BOURDEAU. — *Les Maitres de la Pensée Contemporaine.*

QUESADA (E). — *El Estudio de la Historia en las Universidades Alemanas.*

RESTREPO. — *Historia de Colombia.*
